

6.^a EDICIÓN



Artemio Vítores González

FRANCISCO
de Asís y Tierra Santa

EdT Ci

PPC

FRANCISCO
de Asís y Tierra Santa



Fray Artemio Vítores González, ofm



Primera edición: marzo 2012
Segunda edición: junio 2012
Tercera edición: octubre 2012
Cuarta edición: marzo 2013
Quinta edición: octubre 2013
Sexta edición: diciembre 2014

Diseño: Juan Pedro Cantero Hellín
Estudio SM

© 2012, Fray Artemio Víttores González, ofm
© 2012, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcredit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2403-3
Depósito legal: M-6.931-2012
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

ABREVIATURAS

1. SAN FRANCISCO, PEREGRINO A TIERRA SANTA	9
San Francisco: amor total a Cristo crucificado	12
Francisco, «caballero de Cristo» al servicio de la Iglesia	14
Francisco busca el contacto directo con Cristo .	16
Y quiere experimentar el amor con que Cristo nos amó	19
El deseo de martirio de san Francisco	23
Por tres veces intentó morir por Cristo	24
El martirio: modo de testimoniar a Cristo ante los demás	26
2. ENCUENTRO DE SAN FRANCISCO CON EL SULTÁN MALEK EL-KAMEL	28
El Concilio IV de Letrán y la quinta cruzada	28
¡Hay que recuperar el Santo Sepulcro!	30
La batalla de Damietta	32
El encuentro: un acontecimiento importante	35
Reflejado en escritos y en el arte de los siglos posteriores	35

El encuentro en las crónicas de los siglos XIII y XIV	37
Interpretaciones diversas	40
Finalidad del encuentro: anunciar a Cristo	42
Embajador de Cristo	42
En sencillez y pobreza	45
El modo del encuentro	46
Francisco busca el apoyo y el aval de la Iglesia católica	47
Un encuentro pacífico y valiente	49
Los frutos del encuentro	51
Respeto y admiración del sultán hacia el Santo Francisco y Malek el-Kamel: amigos en el espíritu	54
¿Tuvo el encuentro consecuencias históricas? ..	55
3. EL CONTACTO DE FRANCISCO CON CRISTO EN LOS SANTOS LUGARES	58
¿Se postró Francisco ante el sepulcro de Cristo? ...	59
Pruebas a favor de la visita de Francisco a Jerusalén	61
En aquel tiempo había peregrinaciones a la Ciudad Santa	63
Tierra Santa, centro de la espiritualidad de Francisco	66
Unión entre Tierra Santa y el franciscanismo ...	67
Abrir a los peregrinos el camino hacia Cristo ...	71
Cristo y Tierra Santa: el amor de Francisco	72

4. LOS FRANCISCANOS: NUEVO CARISMA EN TIERRA	
SANTA	75
La «misión» en lugar de la «cruzada»	76
El Evangelio: corazón del carisma franciscano .	77
El claustro es el mundo	83
Los franciscanos: heraldos itinerantes del	
Evangelio	88
Deseando a todos «la paz y el bien»	93
Anunciar a Cristo bajo el mandato de la Iglesia .	96
Anunciar a Cristo a los musulmanes	97
La misión franciscana entre los sarracenos	98
Los frutos de la misión entre los musulmanes ..	109
Los inicios de la misión franciscana en Tierra	
Santa	111
La fuerza de la acción misionera franciscana	112
La primera etapa de la presencia franciscana en	
Oriente Próximo	114
Los franciscanos al servicio de los Santos	
Lugares en favor de la Iglesia	117
El final provisional de un sueño	119

SIGLAS Y ABREVIATURAS

Adm	<i>Admoniciones</i>
1C	<i>Celano, Vida primera</i>
2C	<i>Celano, Vida segunda</i>
CtaO	<i>Carta a la Orden</i>
EV	<i>Enchiridion Vaticanum</i>
FF	<i>Fonti Francescane</i>
Flor	<i>Floreillas</i>
LM	<i>Buenaventura, Leyenda Mayor</i>
1R	<i>Regla no bulada</i>
2R	<i>Regla bulada</i>
Test	<i>Testamento</i>

En la historia que va desde las cruzadas hasta la total dominación musulmana de Jerusalén se sitúa la otra «historia», la de la presencia franciscana en Tierra Santa. Juan Pablo II –en la carta que anuncia su peregrinación a Tierra Santa– habla en primer lugar de los problemas existentes en el siglo XIII y de las peregrinaciones, que a veces no tenían un carácter pacífico y que «concordaban poco con la imagen del Crucificado», aunque –reconoce el pontífice– «los ánimos de los cristianos más sensatos intentaban solo encontrar en aquella tierra el recuerdo vivo de Cristo». A continuación añade el papa, presentando el significado de la misión de los franciscanos: «Y quiso la Providencia que, junto con los hermanos de las Iglesias orientales, fueran sobre todo los hijos de Francisco de Asís, santo de la pobreza, de la mansedumbre y de la paz, quienes, de parte de la cristiandad de Occidente, interpretaran de un modo genuinamente evangélico el legítimo deseo cristiano de custodiar los lugares donde están nuestras raíces cristianas»¹. Mientras las armas cruzadas se habían mostrado impotentes, los hijos de san Francisco tomaban pacíficamente posesión de los Santos Lugares, y durante largos siglos, y a

¹ JUAN PABLO II, *La peregrinación a los lugares vinculados con la historia de la salvación* 4 (EV 18, 1216).

precio de sufrimientos indecibles, montaron en ellos guardia, hasta nuestros días, en nombre del mundo católico. Gracias a Francisco y a sus frailes, Tierra Santa se convierte una vez más en patrimonio común de todos los cristianos.

La epopeya franciscana en Tierra Santa tiene su origen en el amor de san Francisco a Jesús y a los Santos Lugares: a Jesús hombre, a Dios encarnado y nacido de la Virgen María, y al ambiente donde vivió y manifestó su amor hacia todos los hombres. Para experimentar personalmente el amor de Dios hecho realidad en Jesús de Nazaret, el 24 de junio de 1219, el Santo de Asís –acompañado por algunos frailes, entre ellos fray Iluminado– se embarca, quizá en alguna nave que transportaba cruzados a Tierra Santa, en Ancona rumbo a Oriente, en donde vivirá casi dos años. Llega en julio de ese mismo año como cualquier otro peregrino a San Juan de Acre, sede del Reino Latino de Jerusalén después de la conquista de Jerusalén por Saladino. Aquí se encuentra con los hermanos que están ya presentes en esta ciudad desde hace algunos años. Y desde aquí, en cuanto le fue posible, partió para Damietta, Egipto, en donde los cruzados, al mando del legado pontificio Pelayo, intentaban conquistar la ciudad. De frente tienen a los musulmanes, guiados por el sultán Malek el-Kamel. Eran años calientes en los que los cristianos querían recuperar el sepulcro de nuestro Señor Jesucristo, ocupado por los musulmanes, y frenar el avance, cada vez más amenazador, del islam. Francisco, deseoso de anunciar el Evangelio de Cristo a todos los hombres, no duda en encontrarse con el gran enemigo de los cristianos, el sultán. También él es un hijo de Dios y por tanto hermano del Pobre de Asís, al igual que los demás musulmanes.

1

SAN FRANCISCO, PEREGRINO A TIERRA SANTA

Francisco es «un auténtico “gigante” de la santidad, que sigue fascinando a muchísimas personas de toda edad y toda religión», decía con admiración el papa Benedicto XVI el 27 de enero de 2010¹. Se llama Francisco este hombre, «este hombre nuevo, enviado al mundo por el cielo», exclamaba Juan Pablo II citando las palabras de san Buenaventura². «Nació al mundo un sol»³, había cantado el máximo poeta italiano, Dante Alighieri, aludiendo al nacimiento de Francisco, que tuvo lugar a finales de 1181 o principios de 1182 en Asís. Sin lugar a dudas, uno de los aspectos que más han influido en la valoración de la figura de san Francisco ha sido su peregrinación a Tierra Santa, su viaje al encuentro con Cristo y al encuentro con los hermanos, tanto los cristianos cruzados como los hermanos musulmanes. Es una historia complicada, pero fascinante.

No se sabe con exactitud si Francisco logró satisfacer su deseo de llegar a Jerusalén como peregrino. En esa época, de

¹ BENEDICTO XVI, *Francisco, un auténtico «gigante» de la santidad*. Audiencia General, 27 de enero de 2010.

² JUAN PABLO II, *Homilía en el santuario del Alverna* (13 de septiembre de 1993); S. BUENAVENTURA, *Leyenda Mayor* XII, 8 (FF 1212).

³ DANTE ALIGHIERI, *Divina comedia*, Paraíso X.

hecho, estaba en vigor un decreto del sultán que obligaba a todo cristiano que quisiera visitar el Santo Sepulcro a pagar una fuerte suma de dinero. Como contrapartida, el papa Honorio III, con la bula *Cum carissimi*, dirigida a Otón, arzobispo de Génova, el 24 de julio de 1217, prohibía taxativamente –bajo pena de excomunión– visitar el Santo Sepulcro y los otros lugares santos mientras persistiera la obligación de pagar esas cantidades, es decir, hasta que el sultán no eliminara el tributo que los cristianos debían pagar. Era, pues, una época delicada para emprender una peregrinación a Jerusalén⁴. Ignoramos si Francisco conocía el texto de la bula papal, ya que esta iba dirigida a los arzobispos de Génova y Bari, dos puertos de donde salían peregrinos para Tierra Santa, mientras que Francisco partió de Ancona. Ahora bien –como subrayan los que piensan que san Francisco no llegó a Jerusalén–, sería incomprensible que el Santo, quien en la *Regla* «promete obediencia y reverencia al señor papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegidos y a la Iglesia romana» (1R 1, 2), osara contravenir las órdenes taxativas del papa, y menos exponerse a una excomunión, si conocía el texto de la bula.

Por otra parte, san Francisco trae consigo la bula *Cum dilecti*, de Honorio III (del 11 de junio de 1218), que era como la presentación de la Orden a los preladados de todo el mundo, y por tanto también de Tierra Santa. Con la bula –dice Benedicto XVI–, el papa Honorio «apoyó el singular

⁴ Cf. G. BASETTI-SANI, «San Francesco è incorso nella scomunica? Una bolla di Onorio III ed il supposto pellegrinaggio del Santo a Gerusalemme, en *AFH* 65 (1972), pp. 16s.

desarrollo de los primeros Frailes Menores, que iban abriendo sus misiones en diversos países de Europa e incluso en Marruecos»⁵. La característica fundamental de los franciscanos es, según la bula, la siguiente: «Se expanden por las diversas partes del mundo, a ejemplo de los apóstoles, sembrando la semilla de la divina Palabra»⁶. Se trata del primer documento oficial de la Santa Sede en favor de los franciscanos, en el cual estos aparecen con características evangélicas, y por tanto no deben ser confundidos con los herejes⁷. ¿Era este también un salvoconducto para acudir a Jerusalén? ¿Sería posible visitar el Santo Sepulcro sin pagar el tributo? La bula no prohibía la visita si esta era gratis. Son interrogantes a los que los historiadores no han dado respuesta satisfactoria. Las fuentes franciscanas dicen, sin embargo, que fray Gil, compañero de san Francisco, visitó el Santo Sepulcro en el 1215⁸, por tanto dos años antes de la bula papal.

A pesar de que no tengamos respuestas satisfactorias a todas estas preguntas, una cosa es innegable: en 1219, con la peregrinación de san Francisco a Oriente, comienza un capítulo importante de la historia de Tierra Santa: la presencia franciscana. En efecto, existen documentos que hablan de la estancia del Santo en Damietta, Egipto –en donde encontró al sultán (cf. 1C 57; LM IX, 7-9) y anunció la derro-

⁵ BENEDICTO XV, *Francisco, un auténtico «gigante» de la santidad*, o. c.

⁶ *Bullarium Franciscanum* I. Roma, 1759, p. 2; *Analecta Franciscana* III. Ad Claras Aquas, 1897, p. 14.

⁷ JORDÁN DA GIANO, *Crónica* 4 (FF 2326).

⁸ Cf. G. GOLUBOVICH, *Biblioteca bio-bibliografica della Terra Santa e dell'Oriente francescano* I. Quaracchi, 1906, p. 105 (FF 2007-2008).

ta del ejército cruzado (cf. 2C 30)–, en Siria (sin precisar el lugar concreto)⁹ y en San Juan de Acre. Así describe su presencia en la ciudad de Damietta Jacobo de Vitry, obispo de Acre: «Vimos llegar al hermano Francisco, fundador de la Orden de Frailes Menores. Era un hombre sencillo y sin instrucción, pero amabilísimo y querido por Dios y por los hombres. Llegó cuando el ejército de los cruzados estaba acampado a las puertas de Damietta»¹⁰. El viaje de san Francisco a Egipto y su testimonio ante el sultán constituirán uno de los elementos fundamentales para entender la relación entre el Santo de Asís y Tierra Santa, la tierra donde Cristo nació, murió y resucitó, y donde el Espíritu se derramó sobre los creyentes en el Cenáculo. Se trataba de un modo diverso de acercarse a las fuentes de la salvación y de relacionarse con los hermanos, aunque estos fueran musulmanes. Hay un cambio de perspectiva: la misión en lugar de la confrontación, el martirio en vez de la lucha armada, el «crucificado» en el puesto del «cruzado».

Francisco: amor total a Cristo crucificado

El 16 de agosto de 1205, el papa Inocencio III escribe una carta llamando a la cristiandad a la cruzada para liberar Jerusalén de manos de los sarracenos¹¹. Es quizá como res-

⁹ Cf. «L'histoire d'Heracles empereur et la conquête de la terre d'outremère (1229-1231)», en *Historia Occidentalis* II, p. 328 (FF 2238).

¹⁰ Cf. JACOBO DE VITRY, «La Orden y la predicación de los Frailes Menores», en *Historia Occidentalis* II, c. 32, 14 (FF 2227).

¹¹ Cf. *Innocentii III Regestum*, L. VIII, n. 130 (PL 215, 706).

puesta a la llamada del papa como el joven Francisco, a los veinte años, se alista en esta misión. No se cumplieron sus sueños. Al menos no los que él esperaba. Fue hecho prisionero, se puso enfermo y fue liberado. En la decisión de Francisco, sin embargo, no hay que ver una especie de furor bélico contra los musulmanes, pues existía una espiritualidad de las cruzadas que implicaba un estilo de vida ascético y piadoso, necesario para emprender estas misiones¹². Con todo, Francisco quería ser *miles*, «soldado», y de ahí su deseo ansioso de partir hacia la Pulla y la visión de armas que, según su sueño, «habían de ser par él y para sus soldados» (1C 5), lo cual indicaría que Francisco sería «la cabeza de un grupo de caballeros»¹³.

Todo fue un fracaso, al menos aparente, pues, como le dice el Señor en la visión de Espoleto, él estaba destinado a servir no al siervo, sino al Señor, es decir, había sido llamado a empresas mayores, había sido reservado para el servicio del Reino de Dios (cf. 2C 6). El joven Francisco debe abandonar sus proyectos militares, porque, ante su pregunta: «¿Qué quieres, Señor, que haga?», el Señor le dice: «Vuélvete a tu tierra, porque la visión que has tenido es figura de una realidad espiritual que se ha de cumplir en ti no por humana, sino por divina disposición» (LM I, 3). Esta visión revoluciona el sentido de las cruzadas, al menos de la cruzada que realizará el Santo de Asís: Francisco no será ya,

¹² Cf. A VAUCHEZ, *La spiritualità dell'occidente medievale*. Milán, 2006, p. 145.

¹³ F. CARDINI, «L'avventura di un cavaliere di Cristo. Appunti per uno studio della cavalleria nella spiritualit`di san Francesco», en *Studi Francescani* LXXIII (1976), p. 145.

desde ese momento, un «cruzado», sino el «heraldo del gran Rey», el «heraldo del Altísimo» (1C 120).

Francisco, «caballero de Cristo» al servicio de la Iglesia

Tras su vuelta a Asís comenzó en el joven Francisco un lento proceso de conversión espiritual que le condujo a abandonar gradualmente el estilo de vida mundano que había llevado hasta entonces. A este período corresponden los célebres episodios del encuentro con el leproso, al que Francisco, bajando del caballo, dio el beso de la paz, y la visión del Crucificado en la pequeña iglesia de San Damián.

En la visión de San Damián, en tres ocasiones, Cristo en la cruz cobró vida y le dijo: «Ve, Francisco, y repara mi Iglesia en ruinas» (2C 10-11). Inmediatamente Francisco comenzó a reparar esta pequeña iglesia, pero el estado ruinoso de este edificio «es el símbolo –dice el papa Benedicto XVI– de la situación dramática e inquietante de la misma Iglesia en esa época, con una fe superficial que no forma y no transforma la vida, con un clero poco celoso, con el enfriamiento del amor; una destrucción interior de la Iglesia que comporta también una descomposición de la unidad, con el nacimiento de movimientos herejes. Con todo, en esta Iglesia en ruinas está en el centro el Crucifijo, y habla: llama a la renovación, llama a Francisco a un trabajo manual para reparar concretamente la pequeña iglesia de San Damián, símbolo de la llamada más profunda a renovar a la misma Iglesia de Cristo, con su radicalidad de fe y con su entusiasmo de amor por Cristo». Francisco de Asís

será –dice Tomás de Celano– un «nuevo caballero de Cristo» (1C 8-9).

El encuentro de Francisco con Cristo en San Damián, en 1205, precede a «otro acontecimiento similar que había sucedido en 1207: el sueño del papa Inocencio III. Este vio en sueños –añade el papa Benedicto XVI– que la basílica de San Juan de Letrán, la «iglesia madre de todas las iglesias, está derrumbándose», y que un frailecillo apuntala con sus hombros a la iglesia para que no caiga. «Es interesante notar, por una parte, que no es el papa el que ayuda para que la Iglesia no caiga, sino un religioso pequeño e insignificante, que el papa reconoce en Francisco cuando este le visita. Inocencio III era un papa poderoso, de gran cultura teológica, como también de gran poder político, y sin embargo no es él el que renueva a la Iglesia, sino un pequeño e insignificante religioso: es san Francisco, llamado por Dios. Por otra parte, sin embargo, es importante observar que san Francisco no renueva la Iglesia sin o contra el papa, sino en comunión con él. Las dos realidades van juntas: el sucesor de Pedro, los obispos, la Iglesia fundada sobre la sucesión de los apóstoles, y el carisma nuevo que el Espíritu Santo crea en este momento para renovar la Iglesia. Juntos se realiza la verdadera renovación»¹⁴.

La misión de Francisco, como le dice Cristo y lo certifica la visión del papa, será reedificar la Iglesia, que está en ruinas, anunciando a Cristo a todos los hombres, incluidos los musulmanes.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Francisco, un auténtico «gigante» de la santidad*, o. c.

Francisco busca el contacto directo con Cristo

Para un cristiano, Jesucristo no es solo el Hijo de Dios, sino también el modelo que deben imitar los hombres, la sociedad, la naturaleza, todo y todos. Conociendo a Jesús, el hombre sabe quién es él y cómo comportarse en la vida. Ahora bien, Jesucristo no es un ser abstracto; es un ser vivo y concreto. En la historia del cristianismo, el movimiento franciscano ha sido relevante porque ha centrado su espiritualidad en la humanidad de Cristo.

San Francisco se caracterizó por su amor total al Cristo hombre y por su esfuerzo continuo de encarnar en su vida el mensaje y la misma vida de Jesús de Nazaret. No sigue un libro, sino a la persona viva de Jesús, como el Evangelio se la presenta. Él es un enamorado de Cristo y quiere seguirlo hasta sus últimas consecuencias. El Santo de Asís puede decir con san Pablo aquellas palabras que escribió a los fieles de Filipos: «Para mí, vivir es Cristo» (Flp 1,21). Toda la vida de Francisco, en todos sus momentos, manifiesta el infinito amor y la inmensa ternura hacia Jesucristo, a quien quiere conocer e imitar al máximo en su existencia. Tenía –dice Tomás de Celano– a «Jesús en el corazón, Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos, Jesús presente siempre en todos sus miembros... Es más: si estando de viaje cantaba a Jesús o meditaba en él, muchas veces olvidaba que estaba de camino y se ponía a invitar a todas las criaturas a loar a Jesús» (1C 115).

El mismo Celano afirma que «tenía tan presente en su memoria la humildad de la encarnación y el amor de la

pasión que difícilmente quería pensar en otra cosa» (1C 84). San Buenaventura añade que la cruz era el punto culminante de la humanización de Cristo, y era por tanto el centro de la veneración de Francisco y de sus hermanos.

Para el Santo de Asís, Jesús es el Hijo de Dios y la Palabra última y definitiva que Dios dirige a los hombres. Él es la sola puerta para acceder a Dios y a los hombres. Su fe en Cristo como Hijo de Dios y como mediador le introduce en su vida, vida que relata el Evangelio. Por eso se entiende claramente que el Evangelio de Jesús sea su «regla de vida» y que siga el Evangelio hasta en los más mínimos detalles, «porque ellos reflejan la vida de Jesús. San Francisco –dice Benedicto XVI– tuvo realmente una relación inmediateísimas con Jesús y con la Palabra de Dios, a la cual quería seguir *sine glossa*, tal como es, en toda su radicalidad y verdad». Y por eso quiere «renovar al pueblo de Dios, convocarlo de nuevo a la escucha de la Palabra y a la obediencia verbal con Cristo»¹⁵.

El papa Benedicto XVI, al presentar con admiración la íntima relación entre los santos y la Sagrada Escritura, cita a Francisco y Clara¹⁶. Por eso –escribe Tomás de Celano–, el Santo «al oír que los discípulos de Cristo no han de poseer ni oro, ni plata, ni dinero; ni llevar alforja, ni pan, ni bastón en el camino; ni tener calzado ni dos túnicas, exclamó inmediatamente, lleno de Espíritu Santo: «¡Esto quiero, esto pido, esto ansío hacer de todo corazón!»» (1C 22). Santa Clara de Asís reproduce plenamente la experiencia de

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* 48.

san Francisco: «La forma de vida de la Orden de las Hermanas Pobres... es esta: observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo»¹⁷.

La Palabra de Dios y la presencia del Señor es el ideal que deben seguir los frailes. Mejor dicho: «La Regla y vida de los frailes menores –escribe Francisco– es esta, a saber, guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (1R I, 2). Y quiere que los hermanos, al aceptar novicios, les digan «la palabra del santo Evangelio» (1R II, 7) sobre la expropiación radical requerida a quien quiere seguir a Jesús. Y cuando resume su vida antes de morir lo recuerda: «El Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio» (Test 17). El Santo de Asís exhorta a todos los frailes: «Seamos fieles a las palabras, a la vida, a las enseñanzas y al santo Evangelio de aquel que se ha dignado rogar por nosotros a su Padre y manifestarnos el nombre de este» (1R XXII, 41). Francisco –dice de nuevo Benedicto XVI– «se comprendió totalmente a sí mismo a la luz del Evangelio. Esto es lo que fascina de él... El *Poverello* se convirtió en un Evangelio viviente, capaz de atraer a Cristo a hombres y mujeres de todo tiempo, especialmente a los jóvenes, que prefieren la radicalidad a las medias tintas»¹⁸. En consecuencia, todos los frailes deben ser «hombres evangélicos».

¹⁷ S. CLARA, *Regla I*, 1-2 (FF 2750).

¹⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Familia Franciscana*. Castel Gandolfo, 18 de abril de 2009.

Y quiere experimentar el amor con que Cristo nos amó

San Francisco –enamorado totalmente del Cristo hecho hombre, muerto y resucitado por todos nosotros– «ve» al Hijo único de Dios como el Enviado del Padre, que abandona su gloria para acampar entre nosotros. Eso es lo que le conmovió siempre: ese misterioso arrebató de la encarnación del Amor salvador que impele a Dios a caminar entre los hombres. Toda la existencia, divina y humana, de Cristo es una peregrinación, es una vida en camino. Su peregrinación terrena comienza ya, aunque veladamente, en Nazaret: «Aquí comenzó todo», –«aquí el Verbo se hizo carne»–, y de un modo manifiesto en Belén, con su nacimiento: «Aquí de la Virgen María nació Jesús».

– *Belén: el amor del Niño Dios*. El Santo habla de Jesús llamándolo «un niño santísimo amado», que nos ha sido dado, y que «nació por nosotros en el camino y que fue colocado en un pesebre, porque no había sitio en la posada»¹⁹. Para Francisco, Jesús no nace solo en la más absoluta pobreza, sino también en una situación muy precaria: «En el camino [*in via*]». Él es el pobre itinerante que baja a habitar con los que no tienen nada, con los que viven en la calle y que tienen que ponerse en camino en busca de la patria y de la casa verdadera. Francisco miró a Cristo y lo vio forastero y huésped, de paso durante su vida pública. Escribe a propósito de la mendicidad: Cristo, «pobre y forastero, vivió de limosna, él, la bienaventurada Virgen y sus discípulos» (1R IX, 6).

¹⁹ S. FRANCISCO, *Laudes y oraciones. Oficio de la Pasión. V. Vísperas de Navidad, Salmo 15,7* (FF 303).

Greccio será el símbolo del amor de Francisco a Cristo hecho hombre. Decía el Santo a su amigo: «Deseo celebrar la memoria del niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis ojos lo que sufrió en su increíble invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno» (1C 84). Y añade Tomás de Celano: «Allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, se valora la humanidad, y Greccio se convierte en una nueva Belén» (1C 85). Francisco llamó a la Navidad «la fiesta de las fiestas», y la celebró con «inefable fervor» (2 C 199). El Santo de Asís besaba con gran devoción las imágenes del Niño Jesús y balbuceaba palabras de dulzura como hacen los niños. «Francisco –dice de nuevo Benedicto XVI– ha descubierto la humanidad de Jesús con una profundidad completamente nueva. Este ser hombre por parte de Dios se le hizo del todo evidente en el momento en que el Hijo de Dios, nacido de la Virgen María, fue envuelto en pañales y acostado en un pesebre... En el niño en el establo de Belén se puede, por decirlo así, tocar a Dios y acariciarlo». Navidad es «ante todo una fiesta del corazón»²⁰.

– *El Calvario: el amor de Dios crucificado*. La cruz del Calvario será, con todo, el tema central de su vida religiosa. A Francisco, desde el principio de su conversión –escribe Tomás de Celano–, «se le clava en el alma santa la compasión por el Crucificado y, como puede creerse piadosamente, se le imprimen profundamente en el corazón, bien que no

²⁰ BENEDICTO XVI, *Homilía en la solemnidad de la Natividad del Señor*. Basílica Vaticana, 24 de diciembre de 2011.

todavía en la carne, la venerandas llagas de la Pasión» (2C 10). Según san Buenaventura, el Santo tenía un hábito en forma de cruz, invitaba a todos a la conversión con «la señal de la cruz», pero sobre todo «fue semejante al Dios vivo, al Cristo crucificado» (LM, prólogo, 2). Añade el Doctor Seráfico que el «Pobrecillo» de Asís y sus hermanos, como no tenían libros para rezar, «repasaban día y noche con mirada continua el libro de la cruz de Cristo, instruidos con el ejemplo y palabras de su Padre, que sin cesar les hablaba de la cruz de Cristo». Su oración era el Padrenuestro y también «Te adoramos, Cristo, en todas las iglesias que hay en el mundo entero, y te bendecimos porque por tu santa cruz redimiste al mundo» (LM IV, 3). Concluye san Buenaventura: el Santo predicaba siempre «la cruz de Cristo» (LM IV, 9). Por todo eso se entiende que su peregrinación a Tierra Santa debía ser ante todo el camino para «imitar a Cristo» de un modo más perfecto, hasta el Calvario.

Meditando la cruz de Cristo, el Santo de Asís descubrirá así que todos los hombres han sido creados a imagen de Dios y han sido redimidos por la sangre del Salvador: «Si la ternura de su corazón –dice de nuevo san Buenaventura– lo había hecho sentirse hermano de todas las criaturas, no es nada extraño que la caridad de Cristo lo hermanase más con aquellos que están marcados con la imagen del Creador y redimidos con la sangre del Hacedor. No se consideraba amigo de Cristo si no trataba de ayudar a las almas que por él habían sido redimidas. Y afirmaba que nada debe preferirse a la salvación de las almas, aduciendo como prueba suprema que el Unigénito de Dios se dignó morir por ellas en el leño de la cruz» (LM IX, 4).

Escribe el mismo san Buenaventura en una de sus obras, siguiendo en todo la visión del Padre Francisco: «La conciencia de que Cristo ha muerto por nosotros no se queda en conocimiento, sino que se convierte necesariamente en afecto, en amor»²¹. Al ver el amor de Cristo, el creyente no puede responder con otro movimiento que con el amor. Y el que ama desea conocer mejor al amado.

– *Francisco: uno con Cristo crucificado*. La primacía del amor será el punto central de la teología franciscana. Solo en el amor a Dios, en la unión de su amor y del nuestro, encontrará el hombre la felicidad plena. Dice el papa Benedicto XVI: «El Pobrecillo de Asís, más allá de los debates intelectuales de su tiempo, había mostrado con toda su vida la primacía del amor: era un icono viviente y enamorado de Cristo, y así hizo presente, en su tiempo, la figura del Señor; convenció a sus contemporáneos no con las palabras, sino con su vida»²². Es la experiencia de un camino muy humilde, muy realista, día tras día: es sencillamente seguir a Cristo aceptando su cruz.

En 1224, en el eremitorio de la Verna, Francisco vio el Crucifijo en forma de un serafín, y del encuentro con el serafín crucificado recibió las llagas. «Se convirtió así –añade el papa Benedicto XVI– en uno con Cristo crucificado: un don, por tanto, que expresa su identificación con el Señor. Se ha dicho que Francisco representa un *alter Christus*, era verdaderamente un icono vivo de Cristo»²³. Francisco

²¹ S. BUENAVENTURA, *In Sent. proem.* q. 3 (I 13b).

²² BENEDICTO XVI, *San Buenaventura. Su obra y doctrina* (III). Audiencia General, 17 de marzo de 2010.

²³ BENEDICTO XVI, *Francisco, un auténtico «gigante» de la santidad*, o. c.

había realizado la conformación con Cristo, la «cocrucifixión» (*concrucifixio*). Se había cumplido en él, de manera perfecta, el ideal paulino de la vida en Cristo: «Estoy crucificado con Cristo; vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. Esta vida en la carne la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál 2,19-20). Al bajar de La Verna, Francisco era el Evangelio viviente, *alter Christus*.

Así lo describe san Buenaventura: «Cuando el amor de Cristo hubo transformado en su propia imagen al amante Francisco... bajó del monte el seráfico Padre llevando en sí mismo la imagen del Crucifijo, no formada por algún artífice en tablas de piedra o de madera, sino impresa en la propia carne por el dedo del Dios vivo» (LM XIII, 5). Y en otro lugar añade el Doctor Seráfico: «Francisco, crucificado ya con Cristo, lo mismo en el cuerpo que en el espíritu, no solo ardía en inflamado amor de Dios, sino que deseaba, con vivas ansias, como Cristo, la salvación de todos los hombres» (LM XIV, 1). Y así puede concluir Tomás de Celano: «Todos los misterios de Cristo se habían cumplido en él» (2C 217). Solo hacía falta que los frailes siguieran especialmente los pasos de su fundador, es decir, ser crucificados con Cristo.

El deseo de martirio de san Francisco

Francisco, hombre evangélico, quiere seguir a Cristo hasta las últimas consecuencias; su fe en el Señor le mueve a imitarlo hasta el martirio. La idea del martirio obsesionó el espíritu del Santo desde su conversión. Soñaba con ser un

caballero que está siempre dispuesto a dar su vida por una causa justa (Iglesia, papa, viudas y huérfanos, pobres), y, por tanto, el nuevo caballero estaba preparado para dar su vida y derramar su sangre por la causa del gran Rey, como gesto solidario de amor a los hombres. Francisco –escribe san Buenaventura– «enfervorizado en el incendio de la caridad, se esforzaba por emular el glorioso triunfo de los santos mártires, en quienes nada ni nadie pudo extinguir la llama del amor ni debilitar su fortaleza en el sufrir. Inflamado, pues, en esta caridad perfecta... deseaba ofrecerse él mismo en persona –mediante el ardor del martirio– como hostia viva al Señor, para corresponder de este modo al amor de Cristo, muerto por nosotros en la cruz, y para incitar a los demás al amor divino» (LM IX, 5). El Doctor Seráfico presenta el fervor de la caridad de Francisco y su ardiente deseo del martirio con estas palabras: «Afirmaba que nada debe preferirse a la salvación de las almas» (LM IX, 4).

Por tres veces intentó morir por Cristo

El Santo de Asís había intentado conseguir el martirio otras veces, pero sin lograrlo. Dice Celano: «El año sexto de su conversión [probablemente hacia 1212], ardiendo en vehementes deseos de sagrado martirio, quiso pasar a Siria para predicar la fe cristiana a los sarracenos y demás infieles. Para conseguirlo, se embarcó en una nave; pero, a consecuencia de los vientos contrarios, se encontró con los demás navegantes en las costas de Eslavonia» (1C 55). Intentó otra vez predicar la fe cristiana a los musulmanes de Marruecos, pero, al llegar

a España, le sobrevino una grave enfermedad que le obligó a volver a Italia. Así lo relata san Buenaventura: «Como le atraía tanto la idea de la consecución del martirio, que prefería una preciosa muerte por Cristo a todos los méritos de las virtudes, emprendió viaje hacia Marruecos con objeto de predicar el Evangelio de Cristo a Miramamolín y su gente, y poder conseguir de algún modo la deseada palma del martirio» (LM IX, 6). Pero también en esta ocasión se le había esfumado la posibilidad de imitar totalmente a Cristo.

Ahora, unos años más tarde, en 1219, y por tercera vez, Francisco se encuentra por fin entre los infieles. Lo expresaba así Dante en la *Divina comedia*: «Por la sed del martirio, en presencia del sultán soberbio, predicó a Cristo»²⁴. Ángel Clareno sintetizaba con estas palabras la pasión del Santo por el martirio: «El bienaventurado Francisco, arrastrado por el fervor de la caridad seráfica, por medio de la cual estaba completamente unido a Cristo, deseando ardientemente ofrecerse a Dios como hostia viva por medio de la llama del martirio, por tres veces emprendió el viaje hacia las zonas de los infieles»²⁵. Añade san Buenaventura: «Como el ardor de su caridad le apremiaba insistentemente a la búsqueda del martirio, intentó aún por tercera vez marchar a tierra de infieles para propagar, con la efusión de su martirio, la fe en la Trinidad. De aquí es que el año décimo tercero de su entera consagración al Señor emprendió su viaje a Siria, exponiéndose a grandes trabajos a fin de conseguir llegar a la presencia del sultán de Babilonia» (LM IX, 7).

²⁴ DANTE ALIGHIERI, *Divina comedia*. Paraíso XI, 100-102 (FF 2110).

²⁵ ÁNGEL CLARENO, *Crónica de las siete tribulaciones* II, 1 (FF 2154).

El martirio: modo de testimoniar a Cristo ante los demás

Para Francisco, el camino que conduce al Padre pasa por la cruz de Cristo. Jesús nos enseñó el camino que hay que tomar; el hombre no tiene otra cosa que hacer sino seguir las huellas de Cristo bajo la inspiración del Espíritu Santo. Y el Espíritu tiene con frecuencia designios diferentes a los de los hombres. El Santo de Asís no busca, sin embargo, el martirio por el martirio; su deseo de morir por Cristo tiene una finalidad: mostrar a los musulmanes la vía de la salvación, anunciándoles el Evangelio de la verdad, provocándolos, con su martirio, al amor de Cristo, que para él es todo. Francisco ve en todos los hombres, también en los musulmanes, el rostro de Cristo –por cuya pasión y muerte todos hemos sido salvados–, y está convencido, por tanto, de que Dios ama a todos, pues todos son sus hijos, y por consiguiente todos somos hermanos. El martirio era la obra misionera más importante para convertir a los infieles, porque también «los musulmanes son hermanos a los cuales hay que mostrar la verdadera vida de salvación, que solo Jesucristo puede dar»²⁶.

Para Francisco hay, pues, una relación muy íntima entre la vocación misionera y el martirio, todo unido en una constatación: la caridad de Cristo. Dice Celano: «Quien por fuerza del amor se hacía hermano de todas las criaturas, no será maravilla que la caridad de Cristo le hiciese hermano especial de aquellas que con mayor perfección tienen

²⁶ R. MANSELLI, *San Francesco*. Roma, 1981, p. 225.

impresa la imagen de Señor. Afirmaba que nada debe perdonarse para la salud de las almas, probándolo repetidamente con el ejemplo de unigénito Hijo de Dios, que por las almas se dignó morir en la cruz... No se habría juzgado amigo de Cristo sin tener especial amor a las almas, que Él tanto apreció» (2C 172).